

del pueblo, y, si no, andando. Y, por supuesto, no iba a sentir miedo una mujer como ella, que, un año antes, “había ido en un tren basurero, con tu hermano Juan atado a la cintura (para que no se me cayera, ¡Dios santo!), hasta Valencia para ver a Heriberto herido” (XVI). Así que, un día y otro se dirigió a La Roda, hasta que al final llegaron las sales de higuera, con las que esperaba y deseaba que su hijo pudiese recuperar las fuerzas y la alegría.

Con sus sales en una cesta, comienza a andar por la carretera que conduce a Montalvos. Pasa de largo “un coche negro, elegante, con gente muy señorona dentro” (XVI), y luego algunos otros más, hasta que, por fin, se detiene un camión que pasaba varias veces a la semana por Montalvos: “hacia La Roda, cargado de troncos; de vacío, hacia los montes del Júcar” (XVI). En el camión viajan dos hombres que la invitan a subir, cuando ya se está acabando el día, “un día tristón de octubre, de vendimia concluida” (XVI).

Y, a partir de ese momento, el relato se centra en reflejar, con toda la crudeza necesaria, los peligros a los que se expone una mujer que, en aquellos años de miseria, se ve expuesta a los caprichos de unos hombres que, pretextando una supuesta avería en el camión, tratan, primero de violentarla, y, después, de quitarle parte del género que lleva en la cesta y que ellos piensan que es azúcar, uno de los géneros sometidos a intervención. Cuando comprueban que es sal para su hijo enfermo, a uno de ellos se le ablanda un poco el corazón y decide arrancar el camión para llevarla, indemne, hasta su pueblo:

No les miré. No dije nada. Acariciaba la sal, viéndote a ti, las piernas quietas, en el rostro la palidez del moribundo. “Es para mi hijo”, murmuré, la voz muy débil. “Para el pequeño”, añadí. “Quiero que viva.” Los hombres se miraron. El de la sonrisa era el que me estaba rozando ahora. Vi, entonces, que el conductor le daba un golpetazo en la mano, separándola de mi pierna. “¿Se le muere?”, preguntó el del volante, mientras encendía un purito corto y retorcido. “Tiene un mal raro”, dije. El hombre me miró. El otro parecía rumiar palabrotas entre dientes. Yo estaba lejos de allí, sin pensar ya en peligros ni violencias. Resignada, con aquella pesadez en todo mi cuerpo, tan pertinaz –como vejez que acecha– en los últimos tiempos. “¡Bueno, vamos a ver si este cacharro quiere caminar!”, dijo de pronto el conductor. “Esta mujer tiene que llegar cuanto antes a su pueblo, ¿no es así?” No sé si dije algo, muy bajo. Había anochecido, pero se me antojó que aún alumbraba el sol y que, por alguna parte, seguían cantando las alondras (XVI).